

Editorial

NUESTROS SEMINARIOS,
¿SON LOS DEL CONCILIO VATICANO II?

I. PREMISAS

Vamos caminando hacia los 25 años del Concilio Vaticano II y es el momento de preguntarnos si ha entrado y cómo la cultura del Concilio en nuestros seminarios.

*A la base de nuestras reflexiones están fundamentalmente presentes las Constituciones *Lumen Gentium* y *Gaudium et Spes*.*

Comencemos por un breve apunte de historia. En líneas generales, al menos en los seminarios de Europa occidental que conocemos mejor, del año 62 al 75, más o menos, se vivió un período de efervescencia, de ilusión, de crítica y de búsqueda apasionada, incontrolada a veces. Fue un tiempo especialmente difícil para los formadores, que se veían constantemente sometidos a la tensión de las iniciativas, exigencias, novedades y cambios que solicitaban los seminaristas. Continuamente se invocaba el diálogo, se hacían experiencias apostólicas, litúrgicas y pedagógicas nuevas..., se respiraba por todas partes un gran idealismo. Punto de referencia en todos los ambientes juveniles era el famoso mayo francés del 68. Pero del 75-78 en adelante empezó a cundir un cierto desencanto, una frustración al no ver cumplidos los ideales, una apatía y pasividad, y en ciertos ambientes y movimientos eclesiales, lo que los italianos llaman el «reflujo en lo privado».

II. SALVACIÓN-HISTORIA, NATURALEZA-GRACIA

Era evidente antes del Concilio una antinomia salvación-historia, naturaleza-gracia. Se advertía en el modo de entender la presencia y misión de la Iglesia y de los cristianos en el mundo.

En ambientes eclesíásticos, el compromiso temporal apenas era tenido en cuenta. En los centros de formación quienes se interesaban por esta temática solían ser los seminaristas preocupados por los problemas sociales, vinculados de alguna forma a los movimientos apostólicos de obreros.

El Vaticano II (cf. GS, nn. 43 y 39) superó clara y definitivamente la antinomia y puso de manifiesto la continuidad entre actividad humana en el mundo y reino de Dios. El cristiano no puede descuidar las tareas temporales pretextando que no tenemos aquí ciudad permanente. No se han de crear «oposiciones artificiales entre las ocupaciones profesionales y sociales, por una parte, y la vida religiosa, por otra» (n. 43). Al contrario, «siguiendo el ejemplo de Cristo, quien ejerció el artesanado, alégrense los cristianos de poder ejercer todas sus actividades temporales haciendo una síntesis vital del esfuerzo humano, familiar, profesional, científico o técnico, con los valores religiosos, bajo cuya altísima jerarquía todo coopera a la gloria de Dios». (n. 43). Pues «aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios» (n. 39).

En la superación de la antinomia recuperamos la autonomía de las realidades terrenas. Por ello, el integrismo, que consiste en no respetar esa autonomía, es radicalmente anticristiano.

Consecuencias

Las consecuencias existenciales de dicha doctrina en la Iglesia y en la orientación de la formación en los seminarios, podríamos resumirlas en estas dos:

1. Asunción de los valores humanos. En este sentido, el Vaticano II en «Optatam totius» invita a los formadores a cultivar en los alumnos la madurez humana y cultural, teniendo en cuenta los datos de la psicología y ciencias del hombre (cf. n. 11).

2. Espiritualidad de encarnación. (cf. GS 1; PO 3). Si la Iglesia no está por encima, ni a un lado, sino dentro del mundo, la espiritualidad de los cristianos ha de ser de una real y sincera encarnación, no de huida del mundo sino, más bien, de huida con el mundo «hacia adelante», con sentido y orientación escatológica, con impulso misionero en el compromiso por el reino, haciendo verdadera la definición evangélica del cristiano como «sal de la tierra» y «luz del mundo».

Los seminarios, por consiguiente, habrán de situarse en una actitud de relación y comunicación permanente con la realidad.

III. ECLESIOLOGÍA ECLESIOCÉNTRICA-ECLESIOLOGÍA MISIONERA

La eclesiología eclesiocéntrica parte de una Iglesia y mira hacia una Iglesia sociedad perfecta, una Iglesia centrada en sí misma, cerrada en sí misma. Esta eclesiología fue afortunadamente superada por el Vaticano II.

La eclesiología misionera, impulsada por el Concilio, nos habla de una Iglesia, pueblo reunido en la unidad de la Trinidad y enviado al mundo.

Las dimensiones del carácter misionero de la Iglesia son tres:

1. Dimensión geográfica. La Iglesia va a todas las partes del mundo para llevar la luz del evangelio.

2. Dimensión cultural. La Iglesia se dirige también a la cultura del hombre, al corazón del hombre para comprenderle, para comunicarse y dialogar con él, alegrarse y sufrir con él, para ayudarle a encontrar el sentido de la vida y la salvación.

3. Dimensión escatológica. La Iglesia está en estado de misión también hacia sí misma, en tensión entre lo que idealmente tiene de perfecta y la necesidad constante de revisión continua y de renovación (cf. GS 43). El «aggiornamento» no es una cuestión de moda o asunto meramente coyuntural, sino algo intrínseco a la misma Iglesia. El papa Pablo VI lo recalcó maravillosamente en la encíclica «Ecclesiam suam» (cf. nn. 25 y 32).

Consecuencias

Las consecuencias que se derivan de la eclesiología misionera podemos resumirlas en las tres siguientes:

1. Diálogo con las culturas

La Iglesia debe ser, por estructura, dialogante. La «Ecclesiam suam» (nn. 58-77) señala cuatro círculos en la universalidad del diálogo:

- 1.º con todo lo humano*
- 2.º con los creyentes en Dios*
- 3.º con los cristianos*
- 4.º dentro de la misma Iglesia.*

En este sentido, es necesaria una atención constante a la cultura laica y al estudio de las ciencias del hombre.

Pablo VI afirmaba en la «Evangelii nuntiandi»: «La ruptura entre evangelio y cultura es, sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo, como lo fue en otras épocas. De ahí que haya que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o, más exactamente, de las culturas» (n. 20).

Y Juan Pablo II, insistiendo en el mismo tema, nos dice: «...hemos de encontrar de nuevo la creatividad apostólica y potencia profética de los primeros discípulos para afrontar las nuevas culturas... El diálogo de la Iglesia con las culturas reviste hoy importancia vital para el porvenir de la Iglesia y del mundo» (Al Pontificio Consejo para la Cultura: OR 27.2,1983,17).

2. Desclericalización de la Iglesia

Es el paso obligado de una Iglesia de sacerdotes (curas) a una Iglesia Pueblo de Dios. Es la superación del binomio sacerdocio-laicado, en el que los laicos se reducen a ser simples destinatarios del ministerio de los sacerdotes, por el de ministerios-edificación de la Iglesia, una Iglesia «toda ella ministerial» (cf. LG 9; 32).

3. Una liturgia para el pueblo

Una eclesiología eclesiocéntrica había producido una liturgia esotérica, lejana a la comprensión del pueblo por la lengua, las ceremonias, la pasividad.

El Vaticano II abrió felizmente la liturgia al pueblo, y éste comenzó a ser sujeto activo de la misma.

También estas dimensiones de una eclesiología misionera y sus consecuencias, están llamadas a configurar la estructura y funcionamiento de los seminarios del Vaticano II.

IV. IMPRESIONES SOBRE LA SITUACIÓN ACTUAL DE LOS SEMINARIOS

1. Crecimiento en humanidad. *Es indudable que, a partir del Concilio, los seminarios han crecido en humanidad:*

—Se tiene en cuenta, en la formación y en la vida práctica, la libertad con sentido de responsabilidad,

—Las relaciones comunitarias son más sinceras y espontáneas,

—Hay un mayor aprecio por lo esencial y rechazo de formalismos y artificiosidades,

—Hay más claridad y sinceridad en las posturas personales.

2. Serenidad y calma. *Pasados los años de críticas globales, cuestionamientos ideológicos, ensayos pedagógicos y pastorales, se respira en general un ambiente de serenidad y de calma.*

3. Búsqueda de seguridad. *Éste sería un punto negativo.*

Se advierte ahora, en muchas partes, un deseo, una búsqueda de seguridad. A nivel socio-político es evidente.

Los jóvenes seminaristas proceden de un mundo inseguro, desorientado, insatisfecho, huérfano de ideales, de líderes y de valores que den consistencia a la vida, un mundo en cuyas cunetas hay muchos «caídos» —también clérigos— de pasadas luchas y revoluciones.

El mundo actual, por otra parte, se manifiesta indiferente, si no hostil, a lo religioso y ataca de mil maneras la fe y la moral de los que creen. De ahí el deseo y la búsqueda en muchos jóvenes de amparo y seguridad, y el que algunos piensen que eso lo pueden encontrar en el seminario.

De hecho, en los seminarios, hay jóvenes que encuentran de nuevo el gusto por la piedad, la liturgia solemne, el hábito eclesiástico..., pero no se ve que incida en sus vidas el aspecto problemático de la existencia, no se dejan interpelar por los grandes problemas de nuestro mundo, les falta «garra» apostólica y misionera.

En algunos seminarios todo va tan bien, hay una tranquilidad tan grande, que no podemos menos de preguntarnos si eso será señal de madurez o más bien de infantilismo y comodidad.

4. Peligro de retorno al pasado. Sería la consecuencia de lo anterior, el caer otra vez en los seminarios en una concepción de Iglesia como refugio, castillo amurallado, el peligro de caer en un nuevo clericalismo, en el retorno a un neo-ritualismo.

Ciertamente, siempre es difícil el equilibrio en pedagogía y en el existir cristiano, la armonía entre las dimensiones vertical y horizontal de la existencia, pero hay cosas, avances y logros en el campo de las ciencias humanas y de la comprensión de la fe, que hemos de tener muy en cuenta como punto de partida y orientación constante de la formación en los seminarios y de la vida y ministerio pastoral de los sacerdotes.

V. SUGERENCIAS

1. Un retorno «dinámico» al Concilio. Es la primera sugerencia que nos atrevemos a ofrecer.

Es preciso dar a conocer el Concilio, pues la verdad es que la mayoría de los seminaristas no lo conocen. No lo vivieron, y, por lo mismo, es difícil que entiendan el espíritu que lo animó.

Hay que tener muy en cuenta, de manera especial, las Constituciones Lumen Gentium y Gaudium et Spes, para lograr el seminario del Vaticano II: un seminario situado en una Iglesia comunión y comunidad de ministerios, en diálogo sincero y constante con el mundo para ofrecerle la luz salvífica del evangelio.

2. En el plano educativo. Es necesario robustecer el yo de nuestros semi-

naristas que, en muchos casos, es bastante frágil. La familia y la sociedad modernas nos entregan jóvenes blandos, con una personalidad endeble; en muchos casos, sobre todo en Latinoamérica, con grandes problemas de tipo afectivo. Es el fruto del clima familiar, la falta del padre, el producto de la sociedad de consumo, de la ley del mínimo esfuerzo y la comodidad.

Por otra parte, hay que educar al discernimiento crítico, a saber escuchar las voces del mundo y de la Iglesia, y a reaccionar con prudencia, profecía y fidelidad al hombre, quien, en frase de Juan Pablo II, es «el camino de la Iglesia».

3. Procurar una común coincidencia en lo fundamental eclesial. Llegan hoy a los seminarios mayores jóvenes y adultos procedentes de movimientos cristianos, de espiritualidad, con características peculiares, a veces contrastantes. Por ello, se presentan, con frecuencia, problemas importantes de ideologías y espiritualidades diversas.

Lograr una sana y obligada convergencia eclesial es un reto difícil para los formadores, pero han de poner, no obstante, el máximo empeño en conseguirlo. Los obispos, por su parte, habrán de colocar al frente de los seminarios, a sacerdotes no partidistas y con especiales dotes para conseguir la integración y unidad a que aludíamos.